

Hay, pues, en ellos la doctrina de la representación. Se ve claramente eso entre los indios. En aquel país donde la conciencia de la falta echó tan profundas raíces, y donde produjo tan formidables esfuerzos para expiarlo, es imposible ver en los sacrificios sangrientos más que un deseo de expiación: era, según se nos asegura expresamente una opinión reinante en todas partes, que quien ofreciese un sacrificio de animales se rescataría por aquel medio del pecado, y que la eficacia del sacrificio era tanto mayor cuanto más noble fuese el animal. En definitiva, se comprende que en los esfuerzos hechos para ofrecer una compensación equivalente hasta donde fuese posible á la falta, se haya llegado hasta los sacrificios humanos. ⁽¹⁾

La misma explicación tienen el culto griego más antiguo y todos los indo-europeos; en todas partes reinaba el sentimiento de un rigor inexorable en la exigencia de la expiación. La creencia de que la divinidad pide sacrificios por el pecado, y de que el hombre sólo con su vida y su sangre puede expiar las faltas cometidas contra la divinidad, produjo la aberración de los sacrificios humanos, como podemos demostrar respecto de los griegos, los italianos, los celtas, los germanos y los eslavos. ⁽²⁾

Afortunadamente raras veces se llegó á ese género de representación, siendo mucho más frecuentes los sacrificios de animales en lugar de víctimas humanas. En los grandes sacrificios hechos en nombre de una tribu, de una ciudad, y cuando se trataba de asuntos importantes, son siempre sangrientos los sacrificios; sólo cuando los individuos hacen el sacrificio por su propia cuenta, ó en circunstancias en que no se quiere llegar á los extremos, ó si se pretende disponer á Dios á la clemencia y olvido de las faltas cometidas, dejaba de ser sangriento el sacrificio; ⁽³⁾ pero sean sacrificios de hombres ó de animales, siempre aparece el pensamiento de que deben ser provechosos al hombre,

(1) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, (2) I, 935.

(2) Schenkl, *Ueber die Zeusreligion*, 14 y sig.

(3) Grimm, *Deutsche Mythologie*, (1) I, 47.

disminuyendo el deber de expiación en aquel á favor del cual se ofrecen.

El romano consideraba todo accidente, por pequeño que fuese, como el castigo de una falta, quizá secreta, que le había atraído la cólera de la divinidad; pero una gran desgracia pública no podía ser más que un castigo originado por una falta general; de ahí la costumbre de que el jefe se diese la muerte tapándose la cabeza y los brazos, ofreciéndose como víctima por la patria cuando el ejército estaba en peligro, ⁽¹⁾ costumbre en la que los tiempos más remotos veían expresada la idea de una muerte expiatoria verdaderamente representativa; ⁽²⁾ por esto se consideró el sacrificio de Decio Mus como una ceremonia religiosa, creyéndose que este personaje se había ofrecido á Saturno en una pira delante de todo el ejército. ⁽³⁾

Con intención semejante se ofrecía, en tiempo de gran miseria, una primavera sagrada, es decir, se prometía sacrificar á los dioses todos los niños que naciesen en la primavera siguiente; pero en vez de esto se adoptó la costumbre de criarlos, enviándolos después todos juntos fuera de su país, velado el rostro, en busca de una nueva patria, dulcificando la costumbre demasiado cruel de matar á tantos inocentes; ⁽⁴⁾ pues, según las ideas romanas, el destierro equivalía á la muerte misma.

Todos los sacrificios, de igual modo que los humanos, eran considerados como representativos de aquel que los ofrecía. Verdad es que esa doctrina de la representación fué perdiendo valor, pues, en vez de hombres, se acabó por no arrojar á Saturno, desde lo alto del puente, ⁽⁵⁾ animales de mucho precio, sino solamente maniqués, y á Vulcano algunos peces echados en un brasero; en vez de cabezas

(1) Livio, 8, 9; 10, 28.

(2) Juvenal, 8, 254 y sig.

(3) Plutarco, *An vitiositas ad infelicitatem sufficiat*, 3.

(4) Hartung, *Religion der Roemer*, II, 37 y sig. Mommsen, *Roem. Gesch.*, (6) I, 172.

(5) Hartung, *loc. cit.*, II, 104 y sig. Schwegler, *Roem. Gesch.*, I, 376 y sig. Mommsen-Marquardt, *Roem. Alterth.*, (2) VI, 185 y sig.; Pauly, *Real-Encyclop.*, (2) I, 1512; VI, 650, 2505.

humanas, no se dió ya á Júpiter más que cabezas de cebollas. ⁽¹⁾ Se buscaba, pues, siempre una compensación á los sacrificios humanos, ⁽²⁾ y el sacrificador lo tenía presente en los sacrificios sangrientos de animales, como lo prueban las palabras de Ovidio: «Os suplicamos que toméis corazón por corazón, fibras por fibras; os ofrecemos esta existencia por una existencia más preciosa». ⁽³⁾

Tan claro está eso y tan generalmente admitido, que casi podríamos temer se nos pregunte por qué malgastamos tantas palabras en este asunto; sin embargo, es necesario á veces probar verdades que parecen no ser dudosas para nadie; pues siempre hay individuos que niegan lo innegable.

También de esto Mommsen protestó, ⁽⁴⁾ diciendo que no era reflexionar el creer en la representación de los sacrificios; y, sin embargo, apenas hay nada que pueda llamarse humano de un modo tan general como esta doctrina.

Al principio se sustituyó á los hombres con animales; en los últimos tiempos, cuando declinó el celo religioso, los animales fueron sustituidos con imágenes hechas de pasta. ⁽⁵⁾ En las Indias se sacrificaban en otro tiempo estatuas de oro y de plata en vez de hombres; ⁽⁶⁾ después se decapitaron figuras humanas hechas con pasta ó arcilla. ⁽⁷⁾ Todavía hoy en Egipto hacen un simulacro de forma humana que llaman Arusa, la desposada del Nilo, que dejan arrebatar por la corriente del río. ⁽⁸⁾ Dícese que el año 642, no habiendo subido las aguas del Nilo, se acordaron los egipcios de su antigua costumbre, que consistía en sacrificarle una doncella ricamente engalanada; pero Amrou no lo permitió y escribió al califa Omar para que prohibiese

(1) Hartung, *loc. cit.*, I, 160 y sig. Cf. Ovidio, *Fast.*, 5, 621 y sig.

(2) Varro, *Lingua lat.*, 6, 20; *Dionys. Halicarnass.*, 1, 38.

(3) Ovidio, *Fast.*, 6, 161.

(4) Mommsen, *Röm. Gesch.*, (6) I, 173.

(5) Wachsmuth, *Hellenische Alterthumskunde*, (1) II, 2, 234. Hartung, *loc. cit.*, I, 160.

(6) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, (2) I, 936.

(7) Schneider, *Naturvolker*, I, 193.

(8) Lane-Zenker, *Sitten und Gebräuche der Ägypter*, (2) III, 124.

el sacrificio, datando de entonces la representación á que antes nos referimos.

Resulta, por lo tanto, cierto que el sacrificio tiene siempre aquella significación, aunque no esté siempre claramente expresada; dice el poeta hablando de los sacrificios humanos: «Expía un alma las faltas de miles de otras si lo hace con pura intención». ⁽¹⁾ Así murió Codro para salvar la patria, así Meneceo sufrió la muerte por los suyos. ⁽²⁾ Así Macaria se ofreció á morir por sus hermanos y por sí á la vez. ⁽³⁾ De ese modo también la idea de sacrificar á Ifigenia se derivaba del deseo de inmolar una persona en lugar de muchas á fin de conservarlas; ⁽⁴⁾ en los tiempos sucesivos se apoderaban de algunas personas de lo más escogido del pueblo, y antes se ofrecían voluntariamente los más nobles para ser sacrificados á los dioses en expiación de los pecados de todo el pueblo, ⁽⁵⁾ para evitar una sequía ó una epidemia. ⁽⁶⁾

Solamente es dudoso ⁽⁷⁾ si los griegos consideraban los sacrificios de animales como una representación de los sacrificios humanos, es decir, si los sacrificadores creían que la sangre del animal sustituía á la humana.

Claro está que no se trata aquí de probar que cada griego vulgar y frívolo haya tenido ideas tan profundas; nos basta ver que en aquel pueblo los sacrificios de animales nacieron también de aquella convicción que jamás ha desaparecido; pero en todo caso resulta cierto que en una época antigua conocieron la representación de sacrificios humanos por sacrificios de animales; ⁽⁸⁾ la historia de Ifigenia lo prueba suficientemente. Pero más tarde persistió también la idea de que la vida animal tenía el mismo valor que la humana; así, por ejemplo, cuenta Pausanias que

(1) Sófocles, *Ædip. Col.*, 498 y sig. (Dindorf).

(2) Eurípides, *Phœn.*, 1890.

(3) Eurípides, *Heraclid.*, 532.

(4) Eurípides, *Electra*, 1025 y sig.

(5) Aristófanes, *Ranæ*, 733.

(6) *Scol. Aristoph. ran.*, 734. Rink, *Relig. des Hellenen*, II, 19 y sig.

(7) Nægelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 194 y sig., 353 y sig.

(8) V. numerosos ejemplos en Lasaulx, *Studien*, 256, 258.

en Potnia habían sacrificado un macho cabrío, en sustitución de un sacrificio humano, el cual se renovaba cada año. ⁽¹⁾

Querer negar á los griegos aquella convicción, sería tomarlos por hombres menos sensatos de lo que merecen. Por otra parte, ¿cómo podría haberseles ocurrido la idea de expiar la falta humana por la sangre de un animal; cómo habrían podido ver en la sangre de un animal esa purificación de una falta de sangre involuntaria, ⁽²⁾ si no hubieran empezado por pensar que la sangre y la vida del animal son de naturaleza propia para borrar la falta, ó en otros términos, para reemplazar la sangre y la vida del criminal? Cuanta más sangre animal bañase al pecador, tanto más puro se hacía, en opinión de ellos; cuando el que hasta entonces había estado cubierto de vicios salía de la fosa en que se había derramado sangre sobre él, el pueblo se apiñaba en torno suyo y le veneraba como si hubiese expiado el último resto de sus crímenes, se hubiese purificado de toda mancha, y se hubiera santificado para muchos años. También los griegos sabían que el animal era inocente; ⁽³⁾ también veían algo importante en la muerte de un ser vivo, ⁽⁴⁾ y, sin embargo, enviaban centenares de animales á la muerte para reconciliarse con el cielo por medio de su sangre. ¿No consiste en eso la representación?

Por consiguiente, en este concepto, los griegos no pensaban de otro modo que todos los demás pueblos. Decimos todos. Aun hoy existe en Arabia un modo de ver procedente de antigua tradición, según la cual los sacrificios de animales no eran más que una compensación de los humanos. ⁽⁵⁾ En Laodicea, Siria, degollaban una cierva cada año, ⁽⁶⁾ en vez de una doncella que antiguamente era sa-

(1) Pausanias, 9, 8, 2.

(2) Rink, *Religion der Hellenen*, II, 13.

(3) Plutarco, *Quæst. conviv.*, 8, 3, 6.

(4) Plutarco, *Ibid.*, 8, 3, 7.

(5) Wrede, *Reise in Hadramant*, 199.

(6) Porfir., *De abstín.*, 2, 56.

crificada. En Alemania las víctimas humanas fueron sustituidas con perros, ⁽¹⁾ lo que no procedía de desprecio hacia Dios ó hacia los hombres, pues en tribus cazadoras el perro es un animal muy estimado; por eso también los indios consideraban el sacrificio del perro como el mayor y el más santo. ⁽²⁾

En todas partes inmolaban, en vez del hombre, lo que tenía mucho precio ó lo que fuese más querido. Además de los animales domésticos ordinarios, á los cuales frecuentemente doraban las astas para aumentar su valor, muchos pueblos sacrificaban el más noble de los animales, el caballo. Los indios, los chinos, los turanios y todos sus descendientes, hasta los finnios y los húngaros, y especialmente los alemanes, usaban ese sacrificio. Entre los últimos, el sacrificio del caballo y la comida que hacían después, de tal modo formaba parte de las prácticas religiosas en la idolatría, que muy frecuentemente aparece la lucha de los misioneros contra el paganismo como una guerra hecha al consumo de la carne de caballo. En otras partes empleaban puercos en vez de hombres, y se ha pretendido que aquellos animales fueron los primeros ofrecidos en sacrificio. ⁽³⁾ Es muy creíble de pueblos que habían escogido como alimento el puerco en las comidas de fiesta; lo mismo que en los demás pueblos, querían dar la muerte, para sustituir al hombre, á un animal que consideraban como de mucho precio por su carne y por su utilidad; otros han creído descubrir en los sacrificios de puercos significaciones místicas muy extrañas, pero la sencilla explicación que damos nos parece ser también la más exacta. Como quiera que sea, lo cierto es que en el fondo de esos sacrificios, como en todos los de animales, hay el pensamiento de que representan al hombre.

5. La representación expresada en el ceremonial exterior de los sacrificios.—Á nadie se le ocurrirá bus-

(1) Quitzmán, *Die heidnische Religion der Baiwaren*, 242.

(2) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, III, 207 y sig.

(3) Ovidio, *Metamorph.*, 15, 111 y sig.

car únicamente esta significación en los sacrificios de animales; eran también ofrecidos á la divinidad en acción de gracias ó de súplica. Verdad es que nadie juzgará que todos los paganos tenían presente y con la debida claridad esta teología del sacrificio; pero lo que no se puede negar es que la verdad no desapareció jamás en esa convicción; así, los romanos distinguían, como hemos dicho, entre los sacrificios que servían para otros fines, por ejemplo, escrutar la voluntad divina, y aquéllos cuyo fin principal era consagrar la vida á Dios; y cuando hablaban de sacrificios en el sentido propio de la palabra, se referían únicamente á estos últimos. ⁽¹⁾ Esa manera de ver no pudo jamás hacerles olvidar completamente la idea de dónde procedían los sacrificios de animales, aunque muchas costumbres en que primitivamente la habían expresado se hicieron poco á poco más incomprensibles.

Muchas de esas ceremonias eran, sin embargo, tales, que jamás pudo haber equivocación acerca de su profundo sentido. Los egipcios, como dijimos ya, cortaban la cabeza del animal destinado al sacrificio, le lanzaban las maldiciones más terribles y lo arrojaban después al agua; solamente lo vendían ⁽²⁾ á los extranjeros, profundamente despreciados por ellos, y con quienes estuviesen en relaciones; esto indica evidentemente un descenso considerable en la seriedad de la moral y de la religión; pero la ceremonia en sí misma no podía tener otro sentido ⁽³⁾ que el expresado por el rito judaico cuando el sacrificador ponía la mano en la cabeza del animal y se confesaba así pecador; de ese modo hacía pasar la falta personal á la cabeza de la víctima, y era sustituido con ella.

La costumbre que griegos y romanos tenían de esparcir en la cabeza del animal la harina del sacrificio mezclada con sal, tuvo probablemente el mismo origen; el animal no debía ser sacrificado sin que se hubiese cumplimentado

(1) Macrobio, *Saturnal.*, 3, 5.

(2) Herodoto, 2, 39, 2. Plutarco, *Isis et Osiris*, 31.

(3) Ullmann, *Ägyptische Alterthumskunde*, II, 192 y sig.

ese rito. Aquella práctica con que se inauguraba era tan importante, que de ella recibió nombre el acto mismo del sacrificio. ⁽¹⁾

Así, pues, las ceremonias exteriores expresan suficientemente la doctrina tan importante de la representación.

6. En todas partes están unidos el sacrificio y el sacerdocio.—Quedaría incompleto el asunto, si no dijéramos una palabra de la circunstancia, verdaderamente notable, de que en todas partes el sacrificio era ofrecido á la divinidad por sacerdotes, en nombre del sacrificador; de modo que el sacerdocio es una institución, para conocer la cual no tenemos necesidad de recurrir á invenciones, como tampoco las hemos necesitado para el sacrificio; nos basta con escuchar la voz de los pueblos. El sacerdocio nada tenía que hacer en Grecia para la conservación ó la tradición de una doctrina religiosa, y en otros pueblos aquella función estaba reducida á muy poco; pero donde estaba confiada á los sacerdotes la conservación de la ciencia religiosa ó de una enseñanza esotérica, no se consideraba eso como su principal misión; consistía ésta en la realización de los sacrificios del culto público, ⁽²⁾ cuando no tuviese un carácter puramente doméstico ó político.

En los tiempos más antiguos, durante la época patriarcal, el rey era todavía considerado como padre, y por esta razón también, como sacerdote de todo el pueblo. Por eso en China los grandes sacrificios eran ofrecidos por el príncipe mismo. ⁽³⁾ En las obras de Homero los sacrificios políticos eran atribución del rey, como los domésticos lo son del padre de familia, aunque el poeta habla de la existencia de sacerdotes en todas partes; pero á éstos incumben solamente los sacrificios hechos en nombre de todos y sirviendo á fines religiosos propiamente dichos, especialmen-

(1) *Immolare*, polvorear con *mola* (harina sagrada).

(2) Platón, *Politicus*, 29, p. 290.

(3) *Mémoires concernant l'histoire des Chinois*, II, 34, IV, 150, Grosier, *Description de la Chine*, II, 179 y sig.

te á la súplica y á la expiación. ⁽¹⁾ Todavía Numa realizaba él mismo la mayor parte de los sacrificios. ⁽²⁾

7. El sacerdocio como consecuencia y prueba de la caída original.—Cuanto más nos acercamos á los tiempos históricos, más frecuentemente vemos á los sacerdotes encargados de todo lo concerniente á los sacrificios. En Roma fué precisamente Numa quien dictó esas prescripciones, y á medida que fueron los tiempos empeorando, sintieron los hombres que no era propio de ellos entrar en relación directa con la divinidad.

Pero ¿cómo los hombres llegaron á tener sacerdotes, y por qué en todas partes les fueron encomendados los sacrificios? No hay duda en que el sacerdocio es una consecuencia necesaria del pecado; si la humanidad no hubiese sido culpable, no habría sacerdocio. El hecho de que en todas partes haya sacerdotes es la prueba más concluyente de que la humanidad se considera pecadora; y la repulsión que inspiran, y que tan clara se manifiesta doquiera, es también una prueba del pecado. Quien no se aviene á confesar que es un pobre pecador no puede tolerar á un sacerdote; su solo aspecto le molesta, porque le recuerda que es culpable. Por eso el malestar general engendrado por la propia culpa y por la de todo el género humano recae en el sacerdocio, lo cual es muy comprensible, porque el sacerdocio es una prueba del pecado.

Quien no tiene culpa ni pecado, sin inconveniente puede entrar en relación con Dios, que no acepta ningún don del hombre manchado. En vano se esfuerza el que no es santo en ponerse en relación con la divinidad. ⁽³⁾ Pero los hombres se han apartado de Dios; luego ninguno de ellos tiene derecho á tratar directamente con él; Dios no permite que se le acerquen. En otro tiempo se dignaba descender hacia los hombres, les hablaba como padre, les enseñaba él mismo cómo debían adorarle, los apacentaba co-

(1) Aristóteles, *Polít.*, 3, 9, (14) 7; 6, 5, (8) 11.

(2) Livio, 1, 20.

(3) Platón, *Leg.*, 4, 8, p. 716, e.

mo el pastor á su rebaño. Ahora se retiró de ellos; el santuario, el templo son un lugar sagrado, ⁽¹⁾ en que nadie puede ser osado á poner el pie sin exponerse al mayor peligro para su cuerpo y su vida. ⁽²⁾

¿Hay que renunciar á todo acomodamiento con la divinidad ofendida? Jamás admitió eso ni siquiera el paganismo en su alejamiento de Dios; comprendió siempre que sin un mandatario que ante Dios represente al ofensor y al Dios ofendido, y ante el hombre al Dios que es indispensable aplacar, y, por consiguiente, sin un mediador entre Dios y el hombre, la humanidad no puede encontrar el modo de volver á Dios; de ahí proviene la institución del sacerdocio. ⁽³⁾ Pero ésta siempre fué referida á una disposición divina. Dios solo, dice Jenofonte, puede prescribirnos la manera de adorarle como es debido; ⁽⁴⁾ si, pues, la adoración de Dios debe ser regulada por él, ¿con cuánta más razón debe serlo el modo de que el hombre pueda volver á él, de quien se alejó? Únicamente podrá hacerse eso mediante leyes inmutablemente establecidas, y sólo por personas intermediarias que procedan en nombre y con plenos poderes de Dios y del hombre.

8. El sacerdocio como mediador.—Tal es la misión de los sacerdotes según la manera de ver de todo el género humano. Las palabras que canta el coro en Eurípides son la interpretación de los sentimientos de la humanidad: «¿Quién aliviará esta sombría vida mortal, vacía de goces y de consuelos, si los sacerdotes no elevan en el altar sus manos hacia Dios?» ⁽⁵⁾

El concepto de ser el sacerdocio un intermediario se halla en todas partes estrechamente relacionado con él, tanto si consideramos los honores que se le tributan, como las obligaciones que tiene.

(1) Homero, *Il.*, 5, 448, 512. Herodoto, 5, 72, 4. Clemente Alex., *Strom.*, 5, 4, 19.

(2) Pausanias, 10, 32, 17.

(3) Platón, *Polít.*, 29, p. 290, c., *Conviv.*, 13, p. 188, c.

(4) Jenóf. *Mem.*, 4, 425, 3, 16.

(5) Eurípides, *Alc.*, 117 y sig.